

La GOTERA

EDUARDO RODRÍGUEZ TORRES

*A Lilian Camacho y a las hermanas evangelistas,
mujeres combatientes.*

La calle desierta susurraba los gritos de mar cuando se revientan contra el asfalto; detrás de mí un auto disparó las altas, vi mi sombra mojada, los charcos se abrían y cerraban a cada paso. Poco a poco se hacía más nítida mi casa, sus luces encendidas. En cuestión de segundos. El auto aminoró la velocidad cuando se acercó a mí, con el rabillo del ojo observé que frenó de golpe, bajaron dos hombres corpulentos. Uno de ellos me sostuvo de un brazo, yo intenté correr y huir pero me dio un bofetón, yo mordí y arañé al otro, su compañero me inmovilizó con un golpe en la cabeza, se me nubló la vista y me desmayé.

Me despertó el sonido de una gotera, el cuarto estaba completamente oscuro,apestaba a meados. Automáticamente erguí mi dorso, frente a mí, a unos tres metros, distinguí una puerta de metal y una ranura debajo que en medio de las tinieblas parecía una pequeña línea dorada, supuse que del otro lado había un largo pasillo muy alumbrado. No sé cuánto tiempo estuve ahí, quizá fueron días enteros; mis ojos se habían acostumbrado a la lobreguez y trataba de dormir lo más que podía para evadir mi realidad. Repasaba una y otra vez el momento en que esos cabrones me agarraron; en ésas estaba, miraba fijamente el techo, cuando escuché que abrían la puerta; así recostada de lado vi cómo la ranura brillante se hacía más grande, hasta que tuve que cerrar los ojos. Una vez que mis pupilas se acostumbraron a la luz, la figura de un soldado me desconcertó; con sus ojos de perro acorralado miraba fijamente mi corpiño a medio caer. Durante el forcejeo mi blusa se había roto y me percate hasta que intrigada, bajé los ojos para ver qué era lo que tanto le atraía, recordé algunos segundos de los cuales no tenía memoria. Lo mire con orgullo, él levanto los ojos y dijo "Acompáñame".

El hombre que me interrogó tenía alto rango: moreno, alto, corpulento, olía a una loción, que por un momento me hizo olvidar la peste de los orines y la humedad, en la mano izquierda ostentaba un reloj plateado: "¿Sabe por qué está aquí, señorita? La hemos estado vigilando, tenemos conocimiento de su activismo en la Universidad, fue una de las organizadoras de la marcha anarquista de hace quince días... Uff, está metida hasta el cuello y la verdad es una lástima, es muy bonita". Instintivamente miró mis pechos. "Estás encerrada con otros 43 detenidos, los demás están aislados en diferentes celdas; este campo del ejército oficialmente no existe. Te haré una serie de interrogatorios. El tiempo que estés aquí es indeterminado, claro que tu estancia será más corta si colaboras con nosotros y te portas bien", esbozó una ligera sonrisa hipócrita. Otro soldado me

sacó de la celda, me vendó los ojos y me esposó, me condujo a un vestíbulo que sentí más húmedo, me sentó en una silla; nunca antes había agudizado tanto el oído y el tacto; hubo un silencio que creí total, pero conforme pasaron los minutos se escuchaba una gotera por la cual se filtraban los restos de la lluvia. Estaba a punto de desquiciarme, era como estar inmersa en el pantano más sucio, siempre las goteras acechándome. Una mano de piel áspera; con los dedos pulgar e índice formando una pinza, comenzó a darle vueltas a mi pezón izquierdo, luego la tenaza se abrió en una mano que acariciaba ya no uno sino ambos senos. Debí de haber llorado, maldecido o escupido porque milagrosamente se detuvo. Una voz me interrogó, tal vez media hora o dos días, no podría precisar el tiempo, ya no es el mismo en situaciones como ésta. Dejé de sentir hambre, miedo, la humedad de la habitación ya no me calaba, el odio dejó de quemarme y se transformó en una interrogante, ¿cómo era posible que hubiera gente capaz de hacer esto? Los últimos rescoldos de Dios se convirtieron en duda y vacío.

Me sobresaltó lo frío del metal en mi nuca, pero me lastimó más el silencio disfrazado del eco de las gotas al caer sobre una superficie dura. Mis ojos ya me dolían por la presión de la venda. Con el paso de los segundos o minutos el cañón de la pistola se calentó. Dejé de pensar, solamente sentía, mi mente estaba en blanco. Un sonido metálico se sobrepuso al del murmullo del agua. Después un pinchazo del ardiente proyectil, sentir que todo el peso de tu cuerpo cede hacia adelante y la cabeza rebotando contra el suelo. Y el sonido de la gotera se pierde entre la nada.



Sin título
FIDEL TOLEDO